

no retiene mas que una débil apariencia de ella. Si se da entrada una vez á la imaginacion en lugar del juicio, aunque no sea al principio mas que de chanza, le usurpa ella su puesto en lo sucesivo; y quanto nos llega de esta lisongera, que no tira mas que á complacer, se recibe con los brazos abiertos. Es tan hábil ella en disfrazar las cosas, y darles visos falaces, que es muy fácil engañarse en esto, á no ser que uno esté muy sobre sí. El que desea que un dogma que él no ha examinado sea verdadero, le tiene ya por tal de antemano; y el que, á puro arguir contra su parecer, obceca á los otros, no está remoto de burlarse de sí mismo. Lo cual disminuye la infinita distancia que hay entre la verdad y el error, y los reúne tan bien, que no importa mucho el saber que partido se tomará. En efecto, cuando hemos llegado hasta semejante estado, el interes, la pasion, ó cualquiera otro motivo, determinan lo que debemos elegir.

§. XXXIV.

De la Indiferencia.

He hablado ya mas arriba de la indiferencia que debemos manifestar con respecto á las opiniones. No conviene desear que ellas sean verdaderas, ni tratar de hacerlas parecer tales; sino que estamos obligados á recibirlas con proporcion á su evidencia. Cuantos obran de este modo, hallarán que no carecen de luces para distinguir lo que es evidente de lo que no lo es, lo que es cierto de lo que es dudoso; y si no acuerdan ni rehusan su consentimiento mas que por esta regla, no corren peligro de engañarse. Por otra parte, esta indiferencia los moverá á un exámen mas rigoroso de las opiniones recibidas, sin el que nuestro espíritu no es mas que un receptáculo de contradicciones, y no un depósito de verdades. Los que no se limitan á esta indiferencia universal, hasta que tengan convincentes pruebas de lo que es verdadero, no

miran los objetos mas que con anteojos coloreados; y si caen en el error, son ellos mismos la causa suya. Sin embargo, no creo que el consentimiento pueda ser siempre proporcionado con todos los grados de evidencia que pueden caber en una verdad, y que los hombres puedan preservarse totalmente del error: es una perfeccion á que nuestra naturaleza no puede llegar, y una prerogativa á que no aspiro; por lo mismo me ciño á indicar las sendas que debemos seguir para conducir bien nuestro entendimiento, y hacer un buen uso de nuestras facultades, de que abusamos mas bien que nos engañan ellas. Tenemos motivo de quejarnos no tanto de la falta de capacidad, quanto del mal uso que hacemos de nuestras luces, como los mas de los hombres lo censuran á los que no abrazan sus opiniones. Si no se determinara uno mas que por la evidencia de las cosas y despues de un serio exámen, no hay ninguno que estuviera expuesto al riesgo de no abrazar las verdades que le son ne-

cesarias en el estado y situacion en que se halla. Siguiendo cualquiera otra regla, puede decirse que todos nacen ortodoxos, supuesto que cada uno se connaturaliza, desde su niñez, con las opiniones dominantes de su partido, y que no hay ni siquiera uno entre ciento que las examine, para ver si son verdaderas. Por el contrario, les dan aplausos de que se crean con buena fe en el camino recto; y el que quiere proceder al exámen de los dogmas recibidos, es, *ipso facto*, un enemigo de la ortodoxia, á causa de que puede desechar algunos. Así es como, sin fatiga ninguna, hereda uno ciertas verdades locales, y se acostumbra á dar su asenso á unas cosas de que no tiene la menor prueba. Lo cual va mas adelante de lo que se discurre; y entre cien zelosos beatos de todos los partidos, no hay quizas ni siquiera uno solo, por mas rígido que sea en mantener sus dogmas, que los haya examinado nunca, ni que crea que tiene obligacion de examinarlos. Sospechan de tibieza á uno, luego

que tiene por necesario esto, y de inclinado á la apostasía desde que lo emprende. Pero si podemos ser afirmativos y decisivos sobre algunos dogmas de la última consecuencia, aunque no los hemos examinado jamas ¿que cosa nos impediría seguir este corto y compendioso método en materias mucho menos importantes? Así es como nos enseñan á ser esclavos de la moda, relativa á las opiniones, del mismo modo que en cuanto á los vestidos, y tratan de extravagantes, ó de algo peor, á los que no quieren sujetarse á ella. Este estilo, que uno no se atrevería á criticar, hace beatos á los simples, en cuantas partes él prevalece, y pirronistas á los mas instruidos. Si nos eximimos de él, nos exponemos á ser tachados de heregía; porque ¿En que parage del mundo no reinan la ortodoxia y la verdad? La razon y evidencia no sirven de nada, y es menester que ellas, en todas las sociedades, cedan á la ortodoxia infalible del lugar. Pero no es el medio de llegar la verdad y á un consentimiento sólido:

de lo cual podrian suministrarnos buenas pruebas las opiniones dominantes. Sea lo que quiera de ello, no he visto hasta ahora ninguna razon que impida que se confie la verdad á su propia evidencia: si esto no es capaz de sostenerla, estoy persuadido que no hay remedio ninguno contra el error, y que lo verdadero y lo falso no son entonces mas que vanos nombres que significan una misma cosa. En una palabra, la evidencia enteramente sola debe determinar el asenso del espíritu y es el único camino que puede conducir á la verdad.

Los hombres poco ilustrados estan por lo comun en uno ú otro de estos tres estados; ó son totalmente ignorantes; ó dudan de alguna proposicion que ellos tienen abrazada ya, ó hácia la que se inclinan; ó finalmente se adhieren con pertinacia á una opinion que no han examinado nunca, y sobre la que no pueden alegar ninguna prueba convincente.

Los primeros estan en el estado menos peligroso de todos, porque exentos de las

preocupaciones que ciegan á los otros, conservan una plena indiferencia, estan así mejor dispuestos á perseguir la verdad.

§. XXXV.

En efecto, la ignorancia unida con la indiferencia está mas próxima á la verdad que la opinion acompañada de una mal fundada inclinacion; y los que caminan bajo la direccion de una mala guia, corren diez veces mas peligro de extraviarse, que el que todavía no ha dado ni siquiera un paso, y que puede sufrir que le muestren el camino derecho. Los últimos de los tres se hallan en la situacion mas adversa; porque si alguno se persuade de que goza de la verdad, sin haberla examinado jamas, y que llega á creer en el error; que medio habrá para sacarle del extravío? En orden á los otros dos, déseme licencia para decirles que ellos deben escudriñar en la naturaleza misma de las cosas, y ver si podrán descubrir la verdad por sí mismos,

sin inquietarse de las opiniones recibidas, ni de todas las disputas de la escuela. El que no sigue esta máxima en todas sus investigaciones, por mas resuelto que por otra parte esté á examinarlo todo con cuidado y á juzgarlo libremente, abraza siempre un partido, y no le abandona mas que en el apuro. Sé bien que es necesario abrazar la opinion que parece mejor fundada; pero lo mas seguro es no ser de opinion ninguna, ni hacer la menor atencion á los sistemas, cuando se examina alguna materia. Por ejemplo, si quisiera aprender yo la medicina, el mejor expediente seria consultar con la naturaleza misma, é informarme de la historia de las enfermedades y remedios suyos, primero que abrazar los principios de los dogmatistas ó químicos, de empeñarme en todas las controversias que dimanar de estos dos sistemas, y de referirme á uno ú otro, hasta que hubiese visto lo que podría decirse para apartarme de él. O bien, supuesto que los Aforismos de Hipócrates, ó las obras de cualquiera otro autor, contu-

viesen todo el arte de la medicina ; no sería el medio mas corto leerlos, estudiarlos, pesar todas sus expresiones, para descubrir el verdadero sentido suyo, mas bien que recibir el sistema de un partido, que los ha comentado ya á su modo, haciéndoles decir lo que le ha agradado? Imbuido así en los principios de una secta, correria yo mas peligro de no entender á estos escritores, que si me aventurara á examinarlos con un espíritu libre y desembarazado de todas las glosas de los comentadores, cuyos argumentos y language se me han hecho tan familiares, que cuanto se aparta, de ellos me parece insulso y violento; aun quizas hasta el verdadero sentido del autor que ellos explican. Porque las palabras no significan nada naturalmente, y no pueden menos de despertar las ideas que uno tiene costumbre de unirles, cualquiera sentido que les dé el que las emplea. Lo que acabo de decir, no sufre dificultad ninguna, si no me engaño; y supuesto esto, quanto hombre comienza á poner en duda alguno de los

dogmas que él recibió sin exámen, debe renunciar, en quanto le sea posible, de todas sus primeras ideas sobre la cuestion de que se trata, y examinarla desde su origen con una completa indiferencia, sin hacer atencion ninguna á las opiniones de los otros. Confieso que es difícil el lograrlo; pero busco mas bien el camino recto que conduce á la verdad, que el cómodo que guia á la opinion; y todos los que quieren tener algun cuidado de su entendimiento y de su propia salud, no pueden excusarse de seguir el primero, por mas áspero que él sea bajo otro aspecto.

§. XXXVI.

Del estado de la Cuestion.

La indiferencia, de que acabo de hablar, sirve mas para sentar bien el estado de la cuestion, sin lo que es imposible resolverla clara y acertadamente.

§. XXXVII.

De la Perseverancia en examinar.

Esta misma indiferencia es causa de que cada uno no puede examinar las cosas del modo que es el mas conforme con su naturaleza; pero debemos proceder en esto constantemente y con orden, hasta que se llegue á una solucion fija y bien fundada. Si se me objeta que en semejante caso todos los hombres estarian precisados á tener instruccion, y abandonar los demas negocios suyos para aplicarse muy por entero al estudio; es mi respuesta, que no espero de ninguno de ellos, sobre este particular, mas que lo que su lugar desocupado puede permitirle. Me consta que hay muchos que se hallan en una situacion que no exige una suma extension de conocimientos, y que consumen casi todo el tiempo en proveer á las necesidades de esta vida. Pero su falta de lugar desocupado no disculpa la

negligencia de los que le tienen de sobra; hay pocos que no tengan el suficiente para adquirir las luces de que necesitan, en el puesto en que los colocó Dios; el que no lo hace, es responsable de ello, y podemos decir que es amante de las tinieblas.

§. XXXVIII.

De la Presuncion.

Las dolencias espirituales son tan numerosas como las corporales; hay unas epidémicas, de las que se libertan pocas personas, y otras individuales. Si cada uno se examina sobre esto, hallará algún defecto que es propio de su ingenio particular. Un cierto hombre se discurre que sus talentos naturales no le faltarán nunca en caso necesario, y que así seria trabajo en balde el cultivarlos. Se lisongea de que su ingenio, semejante al bolsillo de Fortunato, no se agotará jamas, aunque no ponga nada absolutamente en él; y contento con su suerte,



no se esfuerza á proveerse de nuevos conocimientos. Es un campo que produce de sí mismo ; á que fin labrarle? Pero estos felices ingenios harán bien en no exponer sus tesoros á la vista de los hombres perspicaces. Nacemos en la ignorancia de todas las cosas; no ve uno mas que la corteza sola; y únicamente el trabajo, atencion, é industria pueden penetrar hasta lo interior. Aunque los materiales para edificar, las piedras y madera, crecen de sí mismos, no formarán ellos nunca un edificio habitable, y en que reine la simetría, á no ser que el arte se mezcle en ello. Dios formó fuera de nosotros el mundo intelectual lleno de armonía y perfeccion; pero no puede entrar él de una vez en nuestros espíritus; es necesario que le traigamos allí, por decirlo asi, pieza por pieza, y que le coloquemos por medio de nuestra industria; sin lo cual, no habrá mas que caos y tinieblas en nosotros, por mas órden y luz que haya por afuera.

§. XXXIX.

Del Desaliento.

Vemos, por otra parte, personas que tienen formado mal concepto de su espíritu, que pierden ánimo á la primera dificultad que hallan, y que se tienen desde luego por incapaces de profundizar ciencia ninguna, ó de hacer progreso ninguno mas allá de lo que puede servir para sus habituales ocupaciones. Estos no se menean, porque se imaginan que no tienen piernas para andar: como los otros, de los que acabo de decir una palabra, permanecen con los brazos cruzados, á causa de que se lisonjean de tener alas, y de poder tomar el vuelo hasta las nubes, siempre que les agrade. Para reducir á los primeros, les aplicaré el proverbio ingles que dice, *Servios de vuestras piernas, y las tendréis.* No hay ninguno que sepa hasta donde pueden extenderse sus fuerzas, á no ser que las

haya experimentado. Esto es mas especialmente verdadero con respecto al espíritu, cuya capacidad va mas adelante que uno se imagina (1), y adquiere él nuevas fuerzas á proporcion que adelanta en el estudio y meditacion.

Para curar pues este flaco, no hay mas que dar tarea al espíritu, y dirigir todos los pensamientos hácia el objeto que él quiere conocer. Sucede, á lo menos con sus esfuerzos, lo mismo que con los de los ejércitos (2); *quando ellos se lisonjean de vencer, tienen casi siempre la superioridad*: así la persuasion en que uno está de superar quantas dificultades se hallan en las ciencias, no deja casi nunca de salir acertada. Por otra parte, es cierto que un hombre que se pone á andar con piernas débiles, irá no solamente mas adelante, sino que tambien se robustecerá mas que el que permanezca en

(1) Viresque acquirit eundo.

(2) Dum putant se vincere, vincunt.

reposo, aunque goce de una salud firme y vigorosa.

Podemos observar algo de parecido á esto, quando el espíritu no considera los objetos mas que por mayor y á una suma distancia. No ve en ellos desde luego mas que confusion, estorbo, é impenetrables obscuridades. Pero no son, en resumidas cuentas, mas que fantasmas que se forma él mismo para lisonjear su pereza; y si no ve ya nada claro en los objetos distantes, concluye muy pronto que todo es allí obscuro. No tiene mas que examinarlos de mas cerca; entónces estas sombras que él mismo ha formado, se desvanecerán; y lo que le parecia descomunal y monstruoso, se volverá de talla mediana y naturalísima. Le es necesario considerar poco á poco los objetos; detenerse primeramente en lo que hay de mas fácil y visible; distinguir todas sus partes, y reducir en órden y á cuestiones claras y fáciles quanto merece saberse con respecto á cada una de ellas: en cuyo caso lo que él tenia por inaccesible, se le acer-

cará, y cuantos misterios le espantaban á la primera vista, se desvanecerán en presencia suya. Apelo á la experiencia de mis lectores, y les pregunto si no les ha sucedido semejante cosa mas de una vez, especialmente cuando atentos al exámen de algun objeto, llegaron á reflexionar casualmente sobre otro. Esta experiencia debe animarnos á no temer estas vanas fantasmas, y servir mas bien para estimular nuestro vigor que para enervar nuestra industria. Para tener buen éxito en este estudio, como en todos los demas, no debemos, al empezar, picarnos de dar grandes pasos, sino que conviene ir despacio, examinar primeramente lo que se acerca mas á lo que ya sabemos, pasar en seguida á algo nuevo, y adelantar así paso á paso. Aunque este método parece largo y penoso, quanto hombre quiera probarle, hallará bien pronto que es el mas corto y mejor, para ganar terreno y conservarle, quiero decir, para adquirir un conocimiento firme y sólido, que no se funda casi todo mas que sobre las

ideas distintas que tenemos de las cosas. En efecto, los que saben sentar bien el estado de una cuestion, no hacen mas que distinguir las diferentes partes que la componen, y ponerlas en un órden natural; é instruyen mas con esto, que otros con difusos racionios en que no se ve el fin. Unicamente esto ayuda con frecuencia á hallar el nudo de la dificultad, y descubrir la verdad. Cuando uno ha explanado una vez las ideas que examina, echa de ver prontamente su conformidad ó repugnancia, y consiste en esto el verdadero saber; en vez de que tomando las cosas á bulto y sin anatomizarlas, por decirlo así, no se adquiere mas que una ciencia confusa, que ni aun merece llevar este nombre.

§. XL.

De la Analogía

La analogía sirve de sumo auxilio al espíritu en muchas cosas, especialmente en

aquella parte de la física que consiste en experiencias. Pero es menester encerrarse aquí dentro de los justos límites de la analogía. Por ejemplo, hallamos que el aceite ácido de vitriolo es bueno en ciertos casos; luego el espíritu de nitro ó vinagre puede ser útil en el mismo caso. Si el ácido solo de vitriolo ha producido el buen efecto, es justa la consecuencia; pero si además de este ácido, hay alguna otra cosa en este aceite, que es la verdadera causa del efecto que se busca, suponemos entónces falsamente, y tomamos por analogía lo que carece totalmente de ella.

§. LXI.

De la asociacion de las ideas que no concuerdan juntamente.

Aunque he hablado de este inconveniente en el libro segundo de mi *Ensayo sobre el entendimiento humano*, no ha sido mas que de un modo histórico, lo

mismo que de las otras operaciones intelectuales, sin investigar los remedios que podrian aplicársele. De modo que no será en balde el decir aquí dos palabras con respecto á esto último, mayormente que no hay enfermedad ninguna del espíritu, que yo sepa á lo menos, que sea de mas difícil cura, ni que ocasione mas errores que este vicioso agregado de ideas; porque es casi imposible el convencer á alguno de que no son naturalmente las cosas tales como él las ha concebido.

A causa de esto pasan ruinosos fundamentos por principios solidísimos, y aun no puede tolerarse que los pongan en duda; estos monstruosos enlaces se hacen á la larga tan naturales al espíritu, como las de la luz y sol, del fuego y calor, y parecen tener desde entónces una evidencia tan natural como la de las verdades evidentes de sí mismas. ¿Que remedio hallar pues para este mal, y que esperanza hay de conseguirlo? Habitados los mas de los hombres á no examinar nada de lo que admitieron

una vez, abrazan tan fuertemente el error y falsedad, que es muy difícil el librarlos de ellos. Para triunfar de este mal hábito, hay necesidad de un vigor y libertad de espíritu que no son nada comunes, de que aun hay pocas gentes que tengan idea, y ménos todavia la ciencia para el uso suyo. No hay casi secta ninguna cuyos doctores y guias no tiren á suprimir, lo mas que pueden, este exámen libre al que todos los hombres estan obligados, y que es el primer paso que ellos deben dar para arreglar su conducta y opiniones. Un tan reprehensible artificio debe hacer sospechar que semejantes doctores conocen bien la debilidad ó falsedad de sus dogmas, supuesto que no quieren sufrir que se examinen los principios en que estan fundados. No sucede lo mismo con los que no tratan, ni tienen la mira de difundir mas que la verdad: exponen sus máximas á la vista de todos; se alegran de que las examinen, y descubran lo que en ellas puede haber de débil ó indigesto, á fin de que ninguno

admira mas que la verdad totalmente pura.

Sé que se comete una falta general en la educacion de los niños, y en la manera con que se instruye la juventud. Examinándola de cerca, se ve que ella no se dirige mas que á hacerles abrazar, por medio de una fe implícita, las nociones y dogmas de sus maestros, y sujetarlos á ellos, de modo que no los abandonen jamas, sean verdaderos ó no. No examinaré ahora con que pretexto puede cohonestarse un tan pernicioso método, ni cual puede ser su utilidad, cuando se sirven de él con respecto al populacho enteramente ocupado en las solicitudes de esta vida: pero por lo que mira á las personas de otra muy diferente condicion, que poseen medios y lugar para darse al estudio y al exámen de la verdad, no veo que haya expediente mejor para instruirlos, que el de cuidar, en todo lo posible, que, desde su mas tierna niñez, no unan juntamente ideas, que no tienen conexion ninguna entre sí, é inculcarles á menudo esta regla, para que les sirva de

norte en todo el curso de su vida y estudios. Es preciso repetirles incesantemente, que sus ideas no deben tener nunca conexión mas que en cuanto su naturaleza y mutua conformidad lo permiten; y que deben examinar frecuentemente las que ellas hallan juntas en su espíritu, para ver si este enlace dimana de la visible correspondencia que hay entre unas y otras, ó del hábito que contrajéron de juntarlas en su pensamiento.

El remedio que propongo puede ser una precaucion útil, ántes que este hábito esté arraigado de muy atras; pero si está ya contraído, es menester entónces, para curarse de él, que se observen con suma vigilancia los movimientos casi imperceptibles del espíritu en sus acciones habituales; y lo que he dicho en otro lugar de su facilidad en substituir con juicios las impresiones de los sentidos, es una prueba de ello. Háganse ver á uno, que no entiende de pintura, ciertos cuadros, que se muestran en algunos parages, y en que hay botellas, pipas, y otras cosas de esta especie repre-

sentadas al natural, y que le digan que él no ve relieve ninguno en todo esto, no podrán convencerle de ello mas que por medio del tacto: no le es posible imaginarse que su espíritu substituya tan pronto una idea en lugar de otra. ¿ Cuantos ejemplos de este artificio no se hallan en el modo de raciocinar de algunos sabios, que, acostumbrados á unir juntamente dos ideas, ponen la una en lugar de la otra, y aun lo hacen, en mi concepto, sin cuidar de ello? No es posible convencerlos, miéntras que dura esta ilusion; y se dan el parabien de ser zelosos defensores de la verdad, cuando no luchan mas que en favor del error. El hábito que han contraído de confundir dos ideas muy diferentes, y de transformarlas casi en una sola, llena de falsas miras sus cabezas, y de falsas consecuencias sus raciocinios.

